

Tarapacá redefine su paisaje urbano con áreas verdes adaptadas al desierto

Pese a los esfuerzos el territorio se mantiene entre las regiones con menor cantidad de áreas verdes por habitante del país, en un escenario marcado por la escasez hídrica y el avance urbano

 **Valentina Pizarro B.**

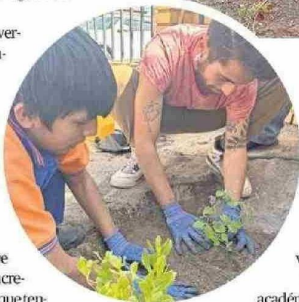
El déficit de áreas verdes en Tarapacá no es una novedad. Año tras año, las cifras oficiales del Ministerio de Vivienda y Urbanismo la ubican como la región entre las que cuentan con menos metros cuadrados de áreas verdes por habitante a nivel nacional. En ciudades como Iquique y Alto Hospicio, este indicador se cruza con otros factores críticos como las altas temperaturas, escasa sombra, crecimiento urbano acelerado y una disponibilidad de agua cada vez más limitada.

Tradicionalmente, el aumento de áreas verdes se ha asociado a modelos paisajísticos importados desde zonas de clima templado, caracterizados por el uso intensivo de césped, árboles de alto requerimiento hídrico y sistemas de riego poco eficientes. En el contexto del desierto más árido del mundo, este enfoque no solo resulta insostenible, sino que además genera altos costos de mantención y baja resiliencia frente a periodos prolongados de sequía.

Este escenario ha abierto un debate clave para el desarrollo urbano regional. Cómo incrementar las áreas verdes sin replicar modelos que tensionan aún más los recursos naturales, y cómo asegurar que estos proyectos tengan continuidad en el tiempo y no se limiten a iniciativas de corto alcance o de gobiernos de turno.

Desde la ingeniería ambiental, la discusión cuenta con respaldo técnico y científico. El académico Jairo Valencia Muñoz, director del Magister en Gestión Ambiental y académico de la Escuela de Ingeniería en Medioambiente de la Universidad de Valparaíso, explica que las áreas verdes de bajo consumo hídrico representan una alternativa real y validada para zonas áridas como Tarapacá.

“Desde la ingeniería ambiental, la evidencia científica indica que las áreas verdes de bajo consumo hídrico —diseñadas bajo principios de xerojardinería, uso de especies nativas o adaptadas y riego tecnificado— aportan beneficios ambientales relevantes en climas áridos. Diversos estudios han demostrado que este tipo de diseño puede reducir el consumo de agua entre un 40% y un 70% en comparación con áreas verdes tradicionales basadas en césped, sin perder funcionalidad eco-



lógica ni social”.

Valencia agrega que estos espacios cumplen un rol clave en la regulación microclimática urbana, ayudando a disminuir las temperaturas superficiales, mitigar el efecto de isla de calor y reducir el polvo en suspensión, un problema recurrente en ciudades del norte. Además, contribuyen a la estabilización de suelos y a la mejora del paisaje urbano, elementos directamente vinculados al bienestar de la población.

En cuanto a la evaluación de estos proyectos, el académico señala que no basta con medir la superficie intervenida. Indicadores como el consumo hídrico por metro cuadrado, la eficiencia de los sistemas de riego, la supervivencia de las especies vegetales y la percepción positiva de la comunidad resultan fundamentales para asegurar su sostenibilidad a largo plazo.

En Tarapacá, uno de los proyectos que ha comenzado a marcar un punto de inflexión es el Proyecto Xerojardinería desarrollado por la Universidad Arturo Prat, con financiamiento del Fondo de Innovación para la Competitividad del Gobierno Regional. La iniciativa propone el uso de especies nativas y adaptadas para el manejo de áreas verdes en ciudades costeras, integrando criterios científicos, conservación de la biodiversidad e innovación social.

El académico e investigador José Delatorre Herrera, de la Universidad Arturo Prat, explica que el proyecto surge a partir de una constatación clave: el desierto alberga especies con un alto valor ornamental que han sido históricamente subvaloradas. “La filosofía principal de todo esto tiene que ver con que existe en la naturaleza especies con valor

ornamental, que tienen una belleza que son perfectamente comparables con las plantas tradicionales, pero que no se conocen porque obviamente es flora nativa y que no ha sido trabajada como para poder ser multiplicadas”.

Delatorre detalla que muchas de estas especies se encuentran en estado de vulnerabilidad o riesgo de extinción, producto de la intervención humana. Frente a ello, el proyecto ha trabajado en la obtención de germoplasma y en la propagación controlada de plantas, sin depredar los ecosistemas naturales, permitiendo aumentar la población de estas especies y ponerlas al servicio del paisajismo urbano.

“Hemos multiplicado plantas y aumentado la población de especies que estaban en peligro de extinción, pero junto con eso les hemos dado un valor, poniéndolas en sistemas paisajísticos que permiten que la comunidad las pueda apreciar, disfrutar, cuidar y valorar”.

Entre las especies utilizadas, el investigador menciona arbustos como la Montea Chilensis, distintas variedades de Nolanas para cubrepiso y, especialmente, la Grindelia Tarapacana, capaz de tolerar salinidad, alta radiación y escasez hídrica. Esta última, incluso, podría transformarse en un símbolo identitario para la ciudad de Iquique.

GESTIÓN LOCAL Y PROYECCIÓN DE LARGO PLAZO

Desde el nivel municipal, la experiencia ha comenzado a traducirse en acciones concretas. La Municipalidad de Iquique ha incorporado este enfoque a través de proyectos piloto y alianzas estratégicas con la academia, entendiendo que el desafío de aumentar las áreas verdes debe ir de la mano con criterios de sustentabilidad hídrica e integración social. “Como Municipalidad de Iquique sabemos que contar con más y mejores áreas verdes es clave para mejorar la calidad de vida en la comuna, pero, a la vez, es todo un desafío cuando se vive en medio del desierto más árido del mundo. En este sentido, gracias a un convenio de colaboración, trabajamos en conjunto con la Universidad Arturo Prat en el marco de un proyecto del Fondo de Innovación para la Competitividad (FIC) del Gobierno Regional de Tarapacá denominado Transferencia Innovación en Áreas Verdes Públicas con Plantas Nativas de Bajo Consumo Hídrico con la idea de habilitar nuevas áreas verdes en la comuna mediante la recuperación de especies en peligro de extinción y encaminarnos hacia un modelo paisajístico que implique menos consumo de agua, más sustentabilidad ambiental e integración social”, explican desde la institución comunal.

El primer caso concreto incluido en este proyecto de xerojardinería fue el recambio en las áreas verdes de la Playa Inclusiva, en el Balneario Cavancha, por especies más resistentes al clima, más eficientes en términos de consumo de agua y que permitan su crecimiento en distintos puntos. Además, se realizaron talleres de jardinería para vecinos y vecinas. Iniciativas como esta pueden ayudar a los municipios a incrementar sus cifras de áreas verdes y ser el punto de partida para tener mejores ciudades en zonas desérticas, por ejemplo.

Para los especialistas, el desafío ahora es avanzar desde experiencias piloto hacia políticas públicas sostenidas en el tiempo. Esto implica escalar los proyectos, asegurar financiamiento, capacitar equipos municipales y consolidar un nuevo concepto de infraestructura verde, coherente con el territorio y capaz de enfrentar los efectos del cambio climático. Más que replicar paisajes ajenos, Tarapacá comienza a delinear un modelo propio, donde las áreas verdes no solo embellecen la ciudad, sino que dialogan con el desierto, conservan biodiversidad y refuerzan la identidad de una región que aprende a crecer con menos agua.